



ARISTIDES

ponerse una gran ventaja, y sin que el ardor de la pelea le arrebatase y sacase de tino, imprudentemente se arrojó al peligro, corriendo á una muerte no propia de un general, sino de un batidor ó de un centinela, y poniendo á los pies de los Iberos y Numidas, que hacian la vanguardia de los Cartagineses, sus cinco consulados, sus tres triunfos, y los despojos y trofeos que de Reyes habia alcanzado. Así es que ellos mismos miraron con pena tal suceso, y el que un varon tan señalado en virtud entre los Romanos, tan grande en poder, y en gloria tan esclarecido, se malograra de aquel modo entre los descubridores Fregelianos. No quisiera que estas cosas se tomaran por acusacion de tan excelentes varones; sino mas bien por un enfado y desahogo con ellos mismos, y con su valor, al que sacrificaron sus otras virtudes, no teniendo la debida cuenta con sus vidas y sus personas, como si solo murieran para sí, y no mas bien para su patria, sus amigos y sus aliados. Despues de muertos, del entierro de Pelópidas cuidaron aquellos por quienes murió, y del de Marcelo los enemigos que le dieron muerte; y aunque lo primero es apetecible y glorioso, excede todavía á la gratitud que paga beneficios, la enemistad que rinde homenaje á la misma virtud que la ofende: porque en esto no sobresale mas que el honor; y en aquello lo que se descubre es el provecho y utilidad, que se reportó de la virtud.



ARISTIDES.

Aristides el de Lisimaco era de la tribu Antioquide y de la Curia Alopecense. Acerca de su patrimonio corren diferentes opiniones, diciendo algunos que pasó su vida en continua pobreza, y que á su muerte dejó dos hijas, que estuvieron mucho tiempo sin casar, por la estrechez de su fortuna. Mas contra esta opinion sostenida por muchos, tomó partido Demetrio Falero en su Sócrates, refiriendo que en

Falera conoció cierto territorio, que se decia de Aristides, en el que habio sido sepultado. Hay ademas algunos indicios de que su casa era acomodada, de los cuales es uno el haber obtenido por suerte la dignidad de eponimo (1), que no se sorteaba, sino entre los que eran de las familias que poseian el mayor censo, á los que llamaban quinienteños. Otro indicio es el ostracismo, porque no le sufría ninguno de los pobres, sino los que eran de casas grandes, sujetos á la envidia por la vanidad del linaje. Tercero y último, haber dejado en el templo de Baco por ofrenda de la victoria obtenida con un coro, unos tripodas, que todavia se muestran hoy, conservando esta inscripcion: «La tribu Antioquide venció; conducia el coro Aristides; y Arquestrato fue el que ensayó el coro.» Pero este, que parece el mas fuerte, es sumamente débil: porque tambien Epaminondas, que nadie ignora haberse criado y haber vivido en suma pobreza, y Platon el filósofo, dieron unos coros que merecieron aprecio, el uno de flautistas, y el otro de jóvenes llamados ciclios, suministrando á este para el gasto Dion de Siracusa, y á Epaminondas Pelópidas: no estando los hombres de bien reñidos en implacable é irreconciliable guerra con las dádivas de los amigos; sino que teniendo por indecorosas y bajas las que se reciben por avaricia, no desechan aquellas que no se toman por lucro, sino para cosas de honor y lucimiento; y parecia manifiesta que en cuanto al tripode se dejó engañar Demetrio de la semejanza de los nombres. Porque desde la guerra pérsica hasta el fin de la del Peloponeso solo se halla haber vencido con coro dos Aristides, de los cuales ninguno era este hijo de Lisimaco, sino que el padre del uno fue Genófilo, y el otro fue mucho mas moderno: como lo convencen el modo de la escritura que es de tiempo posterior á Euclides; y el hablarse de Arquestrato, de quien en el tiempo de la guerra pérsica ninguno dice que fuese maestro de coros, cuando en el tiempo de la del Peloponeso son muchos los que lo atestiguan; mas esto de Panecio necesita de mayor exámen. Por lo que hace al ostracismo incurria en él

(1) Eponimo se llamaba aquel arconte de quien tomaba denominacion el año, como en los fastos romanos la tomaba de los cónsules.

todo el que parecia sobresalir entre los demas por su fama, por su linaje ó por su facundia en el decir: así es que Damon, maestro de Pericles, sufrió el ostracismo por parecer que era aventajado en prudencia; é Idomeneo dice que Aristides fue arconte, no por suerte, sino por eleccion de los Atenieses; y si fue llamado al mando despues de la batalla de Platea, como el mismo Demetrio dice, es muy probable que en tanta gloria, y despues de tales hazañas, se le contemplase por su virtud digno de aquella autoridad, que otros alcanzaban por sus riquezas. De otra parte es bien sabido que Demetrio no solo en cuanto á Aristides, sino tambien en cuanto á Sócrates, tomó el empeño de eximirle de la pobreza como de un gran mal; porque dice que este no solo tenia una casa, sino setenta minas puestas á logro en casa de Criton.

Aristides trabó amistad con Clístenes, el que restableció el gobierno despues de la expulsion de los tiranos; y mirando especialmente con emulacion y asombro entre todos los dados á la politica á Licurgo, legislador de los Lacedemonios, se inclinó al gobierno aristocrático; pero tuvo por rival para con el pueblo á Temístocles el de Neocles. Algunos refieren que siendo ambos muchachos, y educados juntos desde el principio, siempre desintieron el uno del otro, tanto en las cosas de algun cuidado, como en las de recreo y diversion; y que al punto se manifestaron sus caracteres por esta especie de contrariedad: siendo el del uno blando, manejable y versatil, prestándose á todo con facilidad y prontitud; y el del otro firme en un propósito, inflexible en cuanto á lo justo, y enemigo de la mentira, de las chanzas y del engaño, aun en las cosas de juego. Ariston de Quio dice que la enemistad de ambos dimanó de ciertos amores, hasta llegar al último punto: porque enamorados de Estesileo, natural de Quio, sumamente gracioso en la forma y figura de su cuerpo, llevaron tan mal la competencia, que aun despues de marchitada la hermosura de aquel jóven no cesaron en su oposicion; sino que como si se hubieran ensayado en aquel objeto, con el mismo afecto pasaron al gobierno, acalorados y encontrados el uno con el otro. Y Temístocles,

dándose á cultivar amistades, alcanzó un influjo y poder de ningun modo despreciable ; así es que á uno que le propuso que el modo de gobernar bien á los Atenienses seria el que se mostrase igual é imparcial á todos : No queria, le respondió, sentarme en una silla, en la que no alcanzaran mas de mí los amigos que los extraños ; mas Aristides, manteniéndose solo, siguió en el gobierno otro camino particular : lo primero porque ni queria tener condescendencias injustas con sus amigos, ni tampoco disgustarlos, no haciéndoles favores ; y lo segundo porque veia que el poder de los amigos alentaba á muchos para ser injustos ; y él entendia que el buen ciudadano no debia poner su confianza sino en hacer y decir cosas justas y honestas.

Promovia Temístocles muchas cosas arriesgadas, y en todo lo relativo á gobierno le contradecia y estorbaba ; por lo que se vió Aristides precisado á oponerse á muchos de los intentos de aquel ; unas veces para defenderse, y otras para contener su poder, acrecentado con el favor del pueblo : teniendo por menos malo privar á la ciudad de alguna cosa beneficiosa, que no el que aquel se envalentonase saliendo con todo. De modo que en una ocasion, habiendo Temístocles propuesto una cosa conveniente, la resistió sin embargo, y repugó, aunque no pudo estorbarla ; y al retirarse de la junta pública prorumpió en la expresion, de que no podria salvarse la república de Atenas, si á Temístocles y á él no los arrojaban en una sima. En otra ocasion propuso al pueblo un proyecto de decreto, y aunque fue muy contradicho y disputado, conoció que iba á prevalecer ; y cuando ya se estaba para recojer los votos de orden del arconte, desengañado por la conferencia de lo que convenia, retiró su proposicion. Muchas veces hizo sus propuestas por medio de otros, á fin de evitar que su contraposicion con Temístocles sirviese de impedimento para lo que era de bien público. Mas lo que sobre todo pareció maravilloso fue su igualdad en las mudanzas á que expone el mando ; no engriéndose con los honores ; y manteniéndose siempre tranquilo y sosegado en las adversidades, por estar en la inteligencia de que exigia el bien de la patria que en servirla se mostrase desintere-

sado, no solo con respecto á la riqueza, sino con respecto tambien á la gloria. De aquí provino sin duda que representándose en el teatro estos yambos de Esquilo, relativos á Anfiarao,

Quiere no parecer, sino ser justo :
En su alma el saber achadas tiene
Hondas raices, y copioso fruto
De excelentes y útiles consejos,

todos se volvieron á mirar á Aristides, como que de él era propia aquella virtud.

No solo contra la benevolencia y el agrado, sino tambien contra la ira y enemistad era bastante poderoso á resistir por sostener lo justo. Dicese pues que persiguiendo una ocasion á un enemigo en el tribunal, como no quisiesen los jueces, despues de la acusacion, oír al tratado como reo, sino que pidiesen el pasar á votar contra él, se puso Aristides á su lado á pedir tambien que se le diese audiencia, y fuese tratado conforme á las leyes. Juzgaba otra vez á dos particulares, y diciendo el uno que su contrario habia hecho muchas cosas en ofensa de Aristides, le contestó : No amigo, tú dí si te ha hecho á tí alguna ofensa, porque no soy yo sino tú el que has de ser juzgado. Eligiéronle procurador de las rentas públicas, y no solo descubrió que habian sustraído caudales los arcontes de su tiempo, sino tambien los que le habian precedido, y mas especialmente Temístocles,

Que era largo de manos, aunque sabio.

Por esta causa suscitó este á muchos contra Aristides, y persiguiéndole al dar sus cuentas, hizo que se le formase causa y condenase por ocultacion, segun dice Idomeneo ; pero como por ello se hubiesen disgustado los primeros y mas autorizados de la ciudad, no solo salió libre de todo cargo y multa, sino que de nuevo volvieron á elegirle para la misma magistratura. Hizo como que estaba arrepentido de su primer método, manifestándose mas benigno ; con lo que tuvo gratos á los usurpadores de los caudales públicos, porque no se lo echaba en cara, ni llevaba las cosas con

rigor; de manera que engrosados con sus rapiñas colmaban de alabanzas á Aristides, é intercedian ansiosos con el pueblo para que todavía le eligieran otra vez; mas cuando ya iban á votarle, increpó á los Atenienses diciéndoles: Con que cuando me conduje bien y fielmente, me maltratasteis; y ¡cuando he dejado abandonados crecidos caudales en manos rapaces, me teneis por el mejor ciudadano! Pues mas me avergüenzo del honor que ahora me haceis, que de la injusticia pasada; y me indigno contra vosotros, para quienes parece mas glorioso el favorecer á los malos, que poner cobro en los intereses de la república. Dicho esto descubrió las malversaciones; con lo que hizo callar á sus panageristas y encomiadores, y recibió de los hombres de bien una verdadera y justa alabanza.

Cuando Datis, enviado por Dario, en la apariencia á tomar venganza de los Atenienses por haber incendiado á Sardis, pero en realidad á subyugar á los Griegos, se apoderó de Maraton, y arrasó la comarca: entre los generales nombrados por los Atenienses para aquella guerra tenia el mayor crédito Milciades; pero en gloria é influjo era Aristides el segundo; y habiéndose adherido entonces en cuanto á la batalla al dictámen de Milciades, no fue quien menos le hizo prevalecer. Alternaban los generales en el mando por dias, y cuando le llegó su turno, lo pasó á Milciades, enseñando así á sus colegas que el obedecer y sujetarse á los mas entendidos no solo no es un desdoro, sino mas bien laudable y provechoso. Calmando por este término la emulacion, y haciendo entender á todos cuanto convenia gobernarse por la inteligencia y disposiciones de un solo, dió mayor aliento á Milciades, asegurándole en sus proyectos con no tener que alternar en la autoridad: porque no haciendo ya cuenta con mandar cada uno en su dia, le quedó á aquel indivisa. En la batalla, habiendo sido el centro de los Atenienses el mas combatido, por haber cargado los bárbaros con el mayor encarnizamiento contra las tribus Leontide y Antioquide, pelearon valerosamente Temístocles y Aristides, que formaban muy cerca el uno del otro, por ser de la Leontide aquel, y de la Antioquide este. Como despues de

haber puesto en retirada á los bárbaros, y haberse embarcado estos, observasen los Atenienses que no hacian rumbo hácia las islas, sino que el viento y el mar los impelían hácia fuera con direccion al Atica, temiendo no se hallase la ciudad falta de defensores, se encaminaron solícitos hácia ella con las nueve tribus; y en el mismo dia concluyeron su marcha. Quedó en Maraton Aristides con su tribu para custodia de los cautivos y de los despojos, y no frustró la opinion que de él se tenia, sino que habiendo copia de oro y plata, de ropas de todos géneros y de toda suerte de efectos en número increíble en las tiendas y en los buques apresados, ni él mismo tocó á nada, ni permitió que tocáse ninguno otro, á no que algunos ocultamente tomasen alguna cosa; de cuyo número fue Calias el daduco ó asistente (1): porque á lo que parece á este fue á presentársele uno de los bárbaros, creyendo por la cabellera y por el turbante que era el Rey; y saludándole y tomándole la diestra le manifestó que habia mucho oro enterrado en cierto hoyo; y Calias, hombre el mas cruel y el mas injusto, fue y recogió el oro, y al bárbaro, para que no lo revelara á otros, le quitó la vida. De aquí dicen que viene el que los cómicos llamen á los de su parentela *ricos de hoyo*, con alusion al lugar en que Calias encontró aquel oro. Dióse inmediatamente despues á Aristides la dignidad de eponimo; aunque Demetrio Falereo es de opinion que la obtuvo poco antes de su muerte, despues de la batalla de Platea. Con todo en los fastos despues de Jantípides, en cuyo año fue vencido Mardonio en Platea, en muchos años no se encuentra ninguno denominado Aristides; y despues de Fanipo, en cuyo tiempo se alcanzó la victoria de Maraton, en seguida está escrito el nombre del arconte Aristides.

Entre todas sus virtudes la que mas se dió á conocer al pueblo fue la justicia, porque su utilidad es mas continua y comprende á todos: así un hombre pobre y plebeyo alcanzó el mas excelente y divino renombre, llamándole todos el

(1) El daduco era ministro de los sacrificios, inmediato en dignidad al Sacerdote máximo, al que precedia en las ceremonias, llevando una hacha encendida, de la que tomó la denominacion.

justo : renombre á que no aspiró nunca ninguno de los Reyes ni de los tiranos, queriendo mas algunos de ellos apellidarse sitiadores, fulminadores, vencedores, y aun algunos águilas y gavilanes : prefiriendo, á lo que parece, la gloria que dan la fuerza y el poder á la que proviene de la virtud. Y si lo admirable y divino, en cuya posesion y goce tanto manifiestan complacerse, se distingue principalmente por estas tres calidades, indestructibilidad, poder y virtud, de ellas esta la mas respetable y divina : porque lo indestructible conviene tambien al vacío y á los elementos; y poder le tienen grande los terremotos, los rayos, los remolinos de viento y las inundaciones de los torrentes; pero de lo justo y del derecho nada hay que participe sino siguiendo los dictámenes de la razon y de la prudencia. Por tanto, siendo asimismo tres los afectos, que en los mas de los hombres excita lo divino, á saber, deseo, miedo y respeto, aspiran, como que en ello consiste su felicidad, por lo indestructible y eterno; temen y se sobresaltan con la dominacion y el poder; pero aman, acatan y veneran á la justicia. Y con ser esto así, ansian por la inmortalidad que nuestra caduca naturaleza no admite, y por el poder que en la mayor parte depende de la fortuna; poniendo en el último lugar á la virtud, de todos estos bienes que reputamos divinos, el único que está en nuestro albedrio: en lo que van muy engañados, no reflexionando que á la vida pasada á la vida pasada en el poder y la fortuna, la justicia la hace digna de los Dioses; y la injusticia propia de las fieras.

Aunque á Aristides al principio le fue muy lisonjero aquel sobrenombre, últimamente vino á conciliarle envidia, principalmente por el cuidado que puso Temístocles en sembrar el rumor entre la muchedumbre de que Aristides, haciendo inútiles los tribunales con meterse á juzgarlo y decidirlo todo, aspiraba sordamente á prepararse sin armas una monarquía. Además de esto, engreido el pueblo con la victoria, y creído de que de todo era por sí capaz, no podia aguantar á los que tenían un nombre y una fama que oscurecian á los demas. Concurriendo pues á la ciudad de todas partes, destierran á Aristides por medio del ostracismo, apellidando

miedo de la tiranía lo que era envidia de su gloria. Porque el ostracismo no era pena de alguna mala accion, sino que por cierta delicadeza se le llamaba humillacion y castigo del orgullo, y de un poder inaguantable; cuando en realidad no era mas que un suave consuelo de la envidia, que no usaba medios insufribles, sino que se libraba con una mudanza de pais por diez años, de una incómoda molestia; y porque despues algunos empezaron á sujetar á esta especie de destierro á hombres bajos y conocidamente malos, de los cuales el último fue Hipérbolo, hubieron de abandonarla. Dicese que para sujetar á Hipérbolo al ostracismo sucedió lo siguiente : desacordaban entre sí Alcibiades y Nicias, que eran los de mayor influjo en la ciudad; y cuando el pueblo iba á echar la concha, sabiendo los unos de los otros á quien iban á escribir en ella, se confabularon por fin ambos partidos, y de comun convenio trataron de desterrar á Hipérbolo. Reflexionó luego el pueblo, y creyendo desacreditado y afrentado aquel medio politico, lo dejó y abolió para siempre. Explicaremos en pocas palabras lo que era este medio : tomaba cada uno de los ciudadanos una concha, y escribiendo en ella el nombre del que queria saliese desterrado, la llevaba á cierto lugar de la plaza cerrado con berjas. Contaban luego los arcontes primero el número de todas las conchas que allí habia, porque si no llegaban á seis mil los votantes, no habia ostracismo. Despues iban separando los nombres, y aquel, cuyo nombre habia sido escrito en mas conchas, era publicado como desterrado por diez años, dejándosele disponer de sus cosas. Entendíase en esta operacion de escribir las conchas, y se dice que un hombre del campo que no sabia escribir, dando la concha á Aristides, á quien casualmente tenia á mano, le encargó que escribiese á Aristides; y como este se sorprendiese, y le preguntase ¿ si le habia hecho algun agravio? Ninguno, respondió, ni siquiera le conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el Justo; y que Aristides, oído esto, nada le contestó, y escribiendo su nombre en la concha, se la volvió. Desterrado de la ciudad, levantando las manos al cielo, hizo una plegaria enteramente contraria á la de Aquis

les, pidiendo á los Dioses que no llegara tiempo en que los Atenienses tuvieran que acordarse de Aristides.

Al cabo de tres años, cuando Jerges por la Tesalia y la Beocia se encaminaba contra el Atica, abolieron la ley, y permitieron á todos los desterrados la vuelta : por temor principalmente de que Aristides, uniéndose con los enemigos, sedujese y atrajese á muchos de los ciudadanos al partido del bárbaro ; en lo que manifestaron no conocer bien á este insigne varon, que antes de aquella providencia estaba ya trabajando en acalorar á los Griegos para defender su libertad ; y despues de ella, siendo Temístocles el que tenia el mando absoluto, nada dejó por hacer de obra ó de consejo para que con la salvacion de todos alcanzara su enemigo la mayor gloria. Porque teniendo Euribiades resuelto abandonar á Salamina, como las galeras de los bárbaros, dando por la noche la vela y navegando en círculo, hubiesen tomado el paso y las islas, sin que nadie tuviese conocimiento de este bloqueo, Aristides vino apresuradamente de Egina, pasando por entre las naves enemigas ; y presentándose asimismo por la noche en la cámara de Temístocles, le llamó á fuera á él solo, y le habló de esta manera : « Nosotros, ó Temístocles, si es que tenemos juicio, nos olvidaremos de nuestra vana y juvenil discordia, y entablaremos otra contienda mas saludable y digna de loor, disputando entre los dos sobre salvar á la Grecia ; tú como caudillo y general, y yo como soldado y consejero, puesto que sé que tú solo has tomado la mejor resolucion, ordenando que se trabe combate cuanto antes en este estrecho ; y cuando nuestros aliados te se oponian, parece que los enemigos se han puesto de tu parte. Porque el mar al frente, y todo alrededor está ya ocupado por naves enemigas, de manera que aun los que lo rehusaban se ven en la precision de mostrar valor y entrar en combate, por haberse cortado todo camino á la retirada. » Respondióle á esto Temístocles : « No permitiré, ó Aristides, que en esta ocasion me excedas en virtud, sino que, contendiendo con tu glorioso propósito, procuraré aventajarme en las obras, » y dicho esto, le descubrió el engaño y estratagema de que se habia valido con el bárbaro ; exhor-

tándole a que persuadiera á Euribiades, y le hiciera ver que no habia arbitrio para salvarse sin combatir ; porque á él le creeria mejor. Así es que en la conferencia de los generales, diciendo Cleocrito de Corinto á Temístocles, que ni Aristides aprobaba su dictámen, pues que hallándose presente callaba ; replicó Aristides : No callaria yo de ninguna manera, si Temístocles no propusiese lo mejor ; mas ahora guardo silencio, no porque le tenga consideracion, sino porque soy de su parecer.

Esto fue lo que pasó entre los caudillos de la armada de los Griegos ; mas Aristides, sabedor de que Psitalia, que es una isla pequeña situada junto al estrecho de Salamina, habia sido ocupada por gran número de enemigos, tomando consigo en unas lanchas á los ciudadanos mas decididos y alentados, aportó á la isleta, y trabando combate con los bárbaros, les dió muerte á todos, á excepcion de unos cuantos de los mas distinguidos de entre ellos, que los tomó cautivos. Entre estos habia tres hijos de una hermana del Rey, llamada Sandauca, los cuales remitió al instante á Temístocles, y se dice que de mandato del agorero Eufrantides fueron sacrificados, segun cierto oráculo, á Baco Omesta. En seguida, distribuyendo Aristides soldados de infantería por toda la isla, los tuvo en celada contra los que aportasen á ella ; mas de modo que en nada ofendiesen á los amigos, ni dejasen ir salvos á los enemigos : pues parece que el principal concurso de las naves, y lo mas recio de la batalla vino á ser hácia aquel punto ; por lo que levantó trofeo en Psitalia. Despues de la batalla, queriendo Temístocles probar á Aristides, le dijo que si bien era muy grande la obra que habian hecho, todavía les faltaba lo mejor, que era tomar el Asia en la Europa, navegando velozmente al Helesponto, y cortando el puente ; mas como le replicase Aristides, que debia abandonarse aquel pensamiento, y ver cómo harian que el Medo saliese cuanto antes de la Grecia, no fuese que encerrado por falta de salida, la necesidad le obligase á defenderse con tan inmensas fuerzas ; con esto Temístocles despachó al eunuco Arnaces, que era uno de los cautivos, para que dijese al Rey en secreto que él habia disuadido á los

Griegos del intento de ir á cortar los puentes, con el objeto de que el Rey se pudiese en salvo.

Cobró Jerges miedo con esta noticia, y así á toda priesa se encaminó al Helesponto; pero quedó Mardonio, que tenia consigo lo mas aguerrido del ejército, en número unos trescientos mil hombres: fuerza con que se hacia temible, poniendo principalmente su esperanza en la infantería, y con la que amenazaba á los Griegos, á quienes escribió en estos términos: Vencisteis con marítimos leños á unos hombres de tierra adentro, poco diestros en manejar el remo; pero ahora la tierra de los Tesalios es llana, y los campos de los Beoicos muy á propósito para combatir con caballería é infantería. A los Atenieses les escribió á parte á nombre del Rey, prometiéndoles que levantaria de nuevo su ciudad, los colmaria de bienes, y les daria el dominio sobre los demas Griegos, con tal que se apartasen de la guerra. Entendieron los Lacedemonios, y concibiendo temor, enviaron á Atenas mensajeros con la propuesta de que mandaran á Esparta sur mujeres y sus hijos, y que para sus ancianos tomasen de los mismos Lacedemonios el sustento necesario: porque era extrema la miseria de los Atenieses, habiendo perdido sus campiñas y su ciudad. Oidos los mensajeros les dieron, siendo Aristides quien propuso el decreto, una admirable respuesta; diciéndoles que á los enemigos les perdonaban el que creyesen que todo se compraba con el dinero y las riquezas, pues que no querian cosas de mas precio; pero no podian llevar en paciencia que los Lacedemonios solo pusiesen la vista en la pobreza y miseria que afligia á los Atenieses, olvidándose de la virtud y del honor, para proponerles que por precio del alimento combatieran en defensa de la Grecia. Así lo escribió Aristides; y convocando á unos y á otros embajadores á la junta pública, á los de los Lacedemonios les encargó dijese ademas que no habia bastante oro, ni sobre la tierra, ni debajo de ella que igualara en valor para los Atenieses á la libertad de los Griegos; y vuelto á los de Mardonio, señalando al sol: Mientras este astro, les dijo, ande su carrera, harán los Atenieses la guerra á los Persas por sus campos asolados, y por sus tem-

plos profanados y entregados á las llamas. Propuso tambien que los sacerdotes hicieran imprecaciones contra el que mandara embajadas á los Medos, ó se apartara de la alianza de los Griegos. En esto invadió Mardonio segunda vez el Atica, por lo que ellos se retiraron como antes con sus naves á Salamina; pero pasando Aristides con legacion á Lacedemonia, les echó en cara su tardanza y su indiferencia, con la que de nuevo abandonaban á Atenas á la ira del bárbaro; mas les rogó que los auxiliasen en favor de lo que aun quedaba salvo en la Grecia. Oido que esto fue por los eforos, de dia afectaron entretenerse y divertirse, como es propio de las fiestas, porque celebraban la de Jacinto; pero por la noche juntaron un ejército de cinco mil Esparciatas, cada uno de los cuales llevaba consigo siete hilotes, y lo hicieron marchar, sin que de ello se apercibiesen los Atenieses. Volvió Aristides á reconvenirlos al dia siguiente; y como ellos con risa le contestasen que debia de estar lelo ó dormido, pues ya el ejército estaria en el templo de Orestes marchando contra los huéspedes, nombre que daban á los Persas: No es tiempo este de chanzas, les repuso Aristides, queriendo vosotros mas bien engañar á los amigos que á los enemigos. Así lo escribió Idomeneo; pero en el proyecto de decreto de Aristides no está escrito por embajador él mismo, sino Cimón, Jantipo y Mirónides.

Elegido general con mando independiente para aquella batalla, tomó á sus órdenes ocho mil infantes de Atenas, y marchó para Platea, donde se le reunió Pausanias, general de todas las tropas griegas, que tenia consigo á los Esparciatas, concurriendo muchedumbre de todos los demas Griegos. El ejército de los bárbaros, que estaba formado junto al rio Asopo, no tenia término; y en derredor del bagaje y provisiones se habia corrido un muro cuadrado, de cuyos lados tenia cada uno la longitud de diez estadios. A Pausanias pues y en comun á todos los Griegos le profetizó y predijo la victoria Tisameno de Elea, si se estaban á la defensiva, y no eran los primeros en acometer. Mas Aristides envió á consultar á Delfos, y el Dios dió por respuesta que los Atenieses prevalecerian sobre los contrarios,

si hacian votos á Júpiter, á Juno Citeronia, á Pan y á las ninfas Esfragitides ; si sacrificaban á los héroes Andrócates, Leucon, Pisandro, Damócrates, Ipsion, Acteon y Pólides ; y si trababan la contienda en su propia tierra, y en la region de Ceres Eleusina, y de su hija. Venido que fue este oráculo dió mucho en que pensar á Aristides ; porque en primer lugar los héroes, á quienes mandaba sacrificar, eran los patriarcas de las familias de los Plateenses, y la cueva de las ninfas Esfragitides está en una de las cumbres del Citeron, vuelta al poniente de verano ; y en ella habia antes, segun dicen, un oráculo, del que eran poseidos muchos de aquellos naturales, á los que llamaban *Ninfoléptas* (1) ; y el concederse la victoria á los Atenieses, si peleaban en su propia tierra, parecia que era revocar y trasladar la guerra al Atica. En esto parecióle á Arimnesto, general de los Plateenses, que entre sueños era preguntado de Júpiter Servator, qué era lo que pensaban hacer los Griegos, y que él le respondió : mañana, señor, llevaremos el ejército á Eleusis, y combatiremos allí á los bárbaros, conforme á un oráculo de la Pitia ; á lo que el Dios le habia replicado que estaban engañados del todo, porque allí en la region Plataica se verificaba el oráculo, y que si lo investigasen, se convencerian. Representáronsele estas cosas vivamente á Arimnesto, y levantándose sin dilacion, hizo llamar á los ciudadanos de mas edad y de mayor experiencia, y conferenciando sus dudas con ellos, encontró que cerca de los Hisios al pie del Citeron hay un templo muy antiguo que se llama de Ceres Eleusina y de Proserpina. Llamando pues á Aristides le llevó á un sitio sumamente á propósito, para que formasen en él sus batallones los que no eran fuertes en caballería, á causa de que las faldas del Citeron hacian inaccesibles para los caballos las cañadas contiguas al templo. Y allí estaba tambien el templete de Andrócrates cercado de una selva de espesos y copados árboles ; y para que nada le faltase al oráculo en cuanto á la esperanza de la victoria, pareció á los Plateenses, á propuesta de Arimnesto, retirar los términos de Platea hácia el Atica, y donar aquella region á los Ate-

(1) Significa lo mismo que acaba de decirse : poseidos de las ninfas.

nienses, para que, segun el oráculo, pelearan en su propia tierra en defensa de la Grecia. Llegó á tener tanta fama esta gloriosa decision de los Plateenses, que Alejandro dominando ya el Asia, muchos años despues levantó los muros de Platea, é hizo pregonar en los juegos Olímpicos que de este modo recompensaba el Rey á los Plateenses su fortaleza y su magnanimidad, por haber dado en la guerra médica á los Griegos aquel territorio, mostrándose sumamente alentados y valerosos.

Disputaban los Tegeatas con los Atenieses sobre el lugar que tendrian en el ejército, pretendiendo que pues los Lacedemonios tenian el ala derecha, se les diera el ala izquierda, haciendo para esto grandes elogios de sus antepasados. Ofendianse mucho de semejante contienda los Atenieses ; pero salióles al encuentro Aristides y dijo : No es propio de esta ocasion el que alterquemos con los Tegeatas sobre linaje y sobre proezas ; mas á vosotros, ó Lacedemonios, y á todos los demas Griegos os hacemos presente que el lugar no quita ni da valor : cualquiera que sea el que nos diereis procuraremos, conservándole y honrándole, no hacernos indignos de la gloria adquirida en las guerras anteriores : porque no hemos venido á indisponernos con los aliados, sino á pelear con los enemigos ; ni á ensalzar á nuestros padres, sino á acreditarlos con la Grecia de hombres esforzados : así este combate hará ver en cuanto debe ser tenido de los Griegos cada uno, ciudad, general ó soldado. Oido esto por los del consejo y por los generales, aprobaron el discurso de los Atenieses, y les dieron á mandar la otra ala del ejército.

Como estuviese en gran conflicto la Grecia, y sobre todo se hallasen en malísimo estado las cosas de los Atenieses, algunos de las familias mas principales y mas ricas, que por causa de la guerra habian caido en pobreza, y juntamente con los bienes habian perdido todo su esplendor y su influjo, viéndose reducidos á este extremo de abatimiento mientras otros brillaban y mandaban, se reunieron clandestinamente en una casa de Platea, y se conjuraron para disolver la república ; ó sino salian con su intento, para estragar los

negocios de ella poniéndolos en manos de los bárbaros. Mientras esto se ejecutaba en el campamento, siendo ya muchos los pervertidos, llegó á entenderlo Aristides, y haciéndose cargo de lo arriesgado de la ocasion, determinó, ni abandonar del todo y dejar correr semejante acontecimiento, ni descubrirlo tampoco enteramente, ya por no conocer realmente cuántos serian los inculcados, y ya tambien porque creyó que en aquel caso valia mas hacer callar la justicia que la conveniencia pública. Arresta pues á solos ocho entre tantos; y de ellos dos, contra quienes habia formado la causa, y que eran los motores principales, Esquines Lampreide y Agesias Acarnaide, lograron fugarse del campamento: á los otros con esto los dejó libres, dando lugar á que respirasen y se arrepintiesen, en inteligencia de que no habian sido descubiertos, diciendo solamente, que la guerra seria el mejor tribunal, donde desvaneciesen las sospechas y cargos, esmerándose en mirar por la patria.

Despues de esto Mardonio ensayó el hacer cargar con fuerza considerable de caballería, que era en lo que principalmente se aventajaba á los Griegos, á las tropas de estos acampadas al pie del Citeron en posiciones fuertes y pedregosas, á excepcion de las de Megara. Estas, que consistian en unos tres mil hombres, habian puesto sus reales en terreno mas llano: así es que padecieron mucho por la caballería que caia sobre ellas, y las acometia por todas partes. Enviaron pues á toda priesa un aviso á Pausanias, pidiéndole auxilio, pues por sí no podian sostenerse contra la muchedumbre de los bárbaros. Pausanias, ademas de recibir este aviso, veia que el campo de los Megarenses se cubria de saetas y dardos, y que estos se habian recogido á un punto muy estrecho; mas como no tuviese arbitrio para defenderlos contra los caballos con la infantería pesadamente armada de los Esparciatas, excitó entre los demas generales y caudillos de los Griegos que le rodeaban, una contienda y emulacion de virtud y gloria, proponiéndoles si habria algunos que voluntariamente se ofreciesen á auxiliar y socorrer á los de Megara. Excusáronse los demas; pero Aristides tomó este negocio á cargo de los Atenieses, y envió con este designio á

Olimpiodoro, el mas alentado de los tribunos, que llevó consigo trescientos hombres escogidos, y mezclados con ellos algunos tiradores. Previnieronse estos sin dilacion, y marcharon á carrera; mas como lo advirtiese Masistio, general de la caballería de los bárbaros, varon muy denodado, y de maravillosa estatura y belleza, volviendo su caballo se dirigió contra ellos. Sostuviéronse y trabaron combate, el que se hizo muy porfiado, teniéndolo por prueba de lo que podria esperarse en adelante. En esto herido de un dardo el caballo, derribó á Masistio; el cual caido apenas podia moverse por el peso de las armas; pero al mismo tiempo habia gran dificultad para que fuese ofendido de los Atenieses, que lo tenian cercado, y procuraban herirlo, por cuanto no solo llevaba defendidos el pecho y la cabeza, sino todo el resto del cuerpo con piezas de oro y plata. Con todo hirióle uno con la punta del dardo en la parte del casco por donde se descubria un ojo, quitándole la vida; y los demas Persas, abandonando el cadáver, dieron á huir. Echóse de ver la grandeza de esta victoria, no en la muchedumbre de los muertos, porque eran en corto número, sino en el llanto de los bárbaros; porque por la falta de Masistio se cortaron el cabello á sí mismos y á los caballos y acémilas, y llenaron todo el contorno de suspiros y sollozos, en señal de que habian perdido un hombre el primero en valor y poder despues de Mardonio.

Despues de este encuentro de la caballería estuvieron unos y otros sin combatir largo tiempo, porque los agoreros por la inspeccion de las víctimas ofrecian la victoria á los que se defendiesen, tanto á los Persas como á los Griegos, y la derrota á los que acometieran. Mas como viese Mardonio que tenia provisiones para pocos dias, y que los Griegos continuamente se aumentaban, porque sin cesar se les incorporaban algunos, no pudo contenerse, y resolvió no aguantar mas, sino pasar al otro dia al amanecer el Asopo, y caer sobre los Griegos, cuando ellos menos pensaban, para lo que dió en aquella tarde las órdenes á los gefes; pero exactamente á la media noche llegó un hombre á caballo al campo de los Griegos, y al llegar á las guardias dijo que le llamaran

á Aristides el Ateniese. Presentóse inmediatamente este, á quien dijo: Soy Alejandro, Rey de los Macedonios, y por medio de grandes peligros vengo movido del amor que os tengo á preveniros, no sea que lo repentino del acometimiento os haga combatir con desventaja; porque Mardonio os presentará mañana batalla, no porque tenga ninguna esperanza, ni esté confiado, sino por el apuro en que se halla; pues antes los agoreros con sacrificios le apartan de combatir, y el ejército está poseído de asombro y desaliento; pero se ve en la precision, ó de tentar fortuna, ó de sufrir la mayor escasez si permaneciese tranquilo. Dicho esto, rogaba Alejandro á Aristides que si bien convenia que él lo supiese y lo tuviese presente, no lo comunicase con ninguno otro. Mas aquel expuso que no podia ser ocultarlo á Pausanias, que tenia el mando, y que lo callaria á los demas antes de la batalla; pero que si la Grecia venciese, nadie debería ignorar el zelo y la virtud de Alejandro. Tenida esta entrevista, el Rey de los Macedonios se volvió otra vez por su camino, y Aristides, pasando á la tienda de Pausanias, le dió cuenta de lo que habia pasado; con lo que fueron llamados los demas generales, y se les dió la órden de que tuviesen á punto el ejército, como para recibir batalla.

En esto, segun refiere Heródoto, hizo Pausanias á Aristides la proposicion de que los Atenieses tomáran el ala derecha formando contra los Persas; porque era mejor que pelearan contra ellos los que ya estaban aguerridos, y habian adquirido osadía con anteriores triunfos; y que á él se le diera el ala izquierda contra la que habian de combatir aquellos Griegos que se habian hecho partidarios de los Medos. Tenian los demas caudillos de los Atenieses por inconsiderado é injusto á Pausanias, por quanto no haciendo novedad en el resto del ejército, á solos ellos los traia arriba y abajo como hilotes, expóniéndolos á los mayores peligros; pero Aristides les hizo presente que iban errados del todo, pues que antes habian altercado con los Tegeatas por tener el ala izquierda, y estaban ufanos con haberlo conseguido; y ahora cuando los Lacedemonios se desistian voluntariamente del ala derecha, y en algun modo les entregaban el

mando, no tenian en precio esta gloria, ni se hacian cargo de lo que ganaban en no tener que pelear con sus compatriotas y deudos, sino con los bárbaros sus naturales enemigos. En consecuencia de esto hicieron ya los Atenieses de muy buena voluntad con los Esparciatas el cambio propuesto; siendo muchas las conversaciones que entre sí tenian, de que los enemigos ni traian mejores armas, ni ánimos mas esforzados que los de Maraton, sino los mismos arcsos, los mismos vestidos ricos, y los mismos adornos de oro en cuerpos muelles y en almas cobardes; cuando nosotros tenemos tambien las mismas armas y los mismos cuerpos; pero mayor aliento con nuestras victorias; y de que la contienda no era solo por su pais y por su ciudad, como entonces sucedió, sino por los trofeos de Maraton y de Salamina, para que se viese que habian sido, no de Milciades y de la fortuna, sino de los Atenieses. Estaban pues ya muy solícitos en la mudanza de puestos; pero habiéndolo entendido los Tebanos por relacion de algunos tráfugas, lo participaron á Mardonio; y este al punto, bien fuese por temer á los Atenieses, ó bien porque desease contender con los Lacedemonios, trasladó los Persas á su ala derecha, dando órden de que los Griegos que estaban con él quedáran formados contra los Atenieses. Túvose noticia de esta mudanza, y Pausanias volvió otra vez á tomar el ala derecha, y Mardonio tomó inmediatamente la izquierda, quedando colocado contra los Lacedemonios. En esto el dia se pasó sin hacer nada, y formando los Griegos consejo, determinaron ir á acampar á bastante distancia, ocupando terreno provisto de agua; porque los arroyos que habia en las cercanias habian sido enturbiados y ensuciados por la numerosa caballería de los bárbaros.

Entrada la noche conducian los gefes sus respectivas tropas al sitio designado para acamparse; pero mostraban poca disposicion en seguir y en permanecer unidas, sino que en la forma en que habian levantado los primeros reales se dirigian hácia la ciudad de Platea desbandados ya, y en notable confusion y desórden: resultando haberse quedado solos los Lacedemonios contra su voluntad; y fue que Amonfa-